

XI

Como es caso olvidado por sabido
que no hay enterrador como el olvido,
midiendo á todos por igual la suerte,
se durmió el vencedor con el vencido
en el común regazo de la muerte:
y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
acabó como acaba toda guerra,
que se entierra al final, ó no se entierra
en lugar del amigo al adversario;
trabajo innecesario,
pues de todas maneras, en la tierra
lo que no es cementerio es un osario.

XII

La gloria y la ambición no tienen cura:
y el que haya un vencedor frente á un vencido
excluye de la tierra la ventura:
pues ¿qué es nuestra ambición? Una locura;
y nuestra gloria ¿qué es? Ruido y más ruido.
Siempre es menor del alma la grandeza
que la miseria en que se ve abismada;
porque, ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO QUINTO

EL BUEN JUAN

I

Después del día en que terriblemente,
por la espalda una vez, y otras de frente,
se mataron los hombres á millares,
la lluvia indiferente
fué llevando la sangre al Manzanares,
y el río se fué al mar por la pendiente;
y antes de la llegada
del silencio que sigue á todo ruido,
y después de aplicada
la moral vencedora «¡ay del vencido!»
acabó nuestro Juan en presidiario;
pues el hado enemigo,
llevándolo hasta el fin de su calvario,

lo hizo mandar á Ceuta por castigo
al primer batallón disciplinario;
y es fama que su fama de asesino
por su hermano arrostró noble y sereno;
pues cuando un blanco, como Juan, es bueno,
ese blanco es un negro del destino.

II

Había en Ceuta una fatal Roseta
que, adiestrada de amor por un tal Nelo,
en el cuartel del Fijo echó discreta
la caña de pescar de sus encantos,
siendo Juan el primero que, entre tantos,
picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
engañado tal vez por su deseo,
creyendo que Roseta,
hermosa valenciana con *seseo*,
se parecía un poco
á su novia María,
con honda idolatría
la adoró como un ciego y como un loco,
y ella, hasta el fin artera,
por Juan idolatrada,
se empeñó en olvidar que era casada
y se dejó obsequiar como soltera.
Valenciana notable
por el subido azul de sus ojeras,
tiene un alma irascible y entrañable
que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
á un criado de un duque de Gandía,
aunque huertana y gruesa, era tan bella
que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
una mujer más andaluza que ella
por la sal que vertía;
y si alguno dudase de mi aserto,
que suba al cielo, y le dirá si es cierto
el sol, que es natural de Andalucía.

III

Era Nelo un gentil aventurero
que con el alma para el mal nacida,
fué el que á Roseta administró el primero
el bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,

se quedó como muchas en el mundo,
no por causa del cura, mal casada;
y aunque era religiosa á su manera,
de veinte se cansó de ser soltera,
y casada de un mes se halló cansada.
Y Nelo, acaudillando
cierta mañana un enemigo bando
de turcos españoles con careta,
robó á Roseta antes de entrar en misa;
y es fama, aunque lloraba, que Roseta
se dejó secuestrar muerta de risa.

IV

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
y el Nelo de quien hablo,
siendo mejor que el diablo,
es un poco peor que Maquiavelo;
pues el traidor, lo mismo
que lo pudiera hacer un abogado,
sabía dar de lado
al Código penal y al Catecismo;
y siendo un presidiario sin grillete
que ardoroso y con hábitos sensuales,
no tiene más que siete
de todos los pecados capitales,
hace pensar su tez amarillenta
que en su sangre hay más bilis que fibrina,
y en su boca se ostenta
la sonrisa feroz de un Catilina;
y malo desde el día que ha nacido,
si nunca roba, con frecuencia mata,
y siendo más pirata que bandido,
es más contrabandista que pirata.

V

Ya venían de fuera
á España á veranear los ruseñores,
y empezaba á inquietar la primavera
con sus linfas turgentes á las flores;
y más que aquí, ya en Ceuta se sentía
la atmósfera templada
del aliento fecundo de aquel día
en que salió la tierra de la nada,
cuando Nelo, encargado
de una misión secreta,
fué el que en su barca de pirata honrado

llevó á Ceuta al marido de Roseta.
Mas ésta, que á Segundo no quería,
llamándolo hacia sí ¿qué pretendía?
Lo ignoro, porque tengo la evidencia
de que, aunque sea joven por derecho,
según dicen mujeres de experiencia,
todo marido es un anciano de hecho:
y creo en consecuencia
que al llamar al esposo aborrecido,
Roseta, que algún día
para ser libre se casó en Gandía,
hoy piensa hacer matar á su marido
para hacerse más libre todavía.

VI

Ya indiqué de pasada
que sólo por recuerdo de María
con alma enamorada
Juan Fernández servía
de criado á Roseta, la criada
de un criado de un duque de Gandía;
siendo también una verdad probada
que si él la amó con sumisión completa,
por su parte Roseta
pagaba sus servicios con tesoros,
pues muchas veces con sus propias manos
ya le daba *alcuzcuz*, plato de moros,
ya *caballa* y *boniato*, de cristianos.
Y un día en que Roseta,
que con calma aparente vive inquieta,
convida á Juan á manzanilla y luego
le da un plato de callos que echan fuego,
mientras él de Roseta la belleza
contempla enamorado como un loco
y se le va subiendo poco á poco
el vino y el amor á la cabeza,
Nelo, falaz como el traidor de un drama,
encima de la estancia de la que ama,
á Segundo en un cuarto introducía,
y dando fin á una horrorosa trama,
cuando éste confiado se dormía,
en vez del pobre esposo que vivía,
dejó un muerto acostado en una cama;
y dos horas después, Juan, conducido,
con modos insinuantes
por Roseta hasta el cuarto maldecido,
lo encerró en compañía del marido
que Nelo asesinó dos horas antes.

VII

Turbado por el vino y casi inerte,
 al caer sobre el lecho
 Juan sintió junto al pecho
 el hielo de las manos de la muerte.
 Dudó, temió, palpó, y aunque embriagado,
 en medio de un horrible desvarío
 le hirió, al tocar un hombre asesinado,
 una descarga eléctrica de frío.
 Juan, todavía incierto,
 turbada la razón, si no perdida,
 volvió á palpar, pero al tocar al muerto,
 sintió el horror más grande de su vida.
 Y corriendo después hacia la entrada
 para buscar salida,
 encontrando la puerta bien cerrada,
 puso, al ver imposible toda huida,
 una cara espantosa de espantada.
 Consigo mismo entre las sombras lucha;
 de nuevo el lecho á registrar se atreve;
 hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,
 y el muerto, que mueve él, cree que se mueve.
 Y tomando el rumor de sus pisadas
 por pasos sigilosos de un malvado,
 toca el puñal por Nelo abandonado,
 y con manos crispadas
 lo coge, y defendiéndose, aterrado
 da al muerto, por error, dos puñaladas.
 Volvió á querer huir, pero no pudo.
 Furioso fué á gritar, y se halló mudo.
 ¡Va y viene y vuelve; y de sudor cubierto,
 da vueltas como un loco rematado,
 y después de girar, de espanto yerto,
 su cuerpo se quedó petrificado
 y por fin cayó en tierra como muerto!

VIII

Roseta en tanto el ondulante talle
 en la nube envolvió de un negro manto,
 y gritando «¡asesino!» con espanto
 del Rebellín alborotó la calle;
 y aquella mal casada,
 que sabe quién ha muerto á su marido,
 llamando á Juan «¡infame!» á grito herido
 quiere á Ceuta hacer ver que está aterrada.

IX

Delatado por Nelo,
 fué preso Juan Soldado
 por cierto capitán muy delicado,
 que tenía más reumas que su abuelo;
 héroe de tal fiereza
 que á dejarse arrastrar por sus instintos,
 alinearía á un batallón de quintos
 cortando á los más altos la cabeza.
 —¿Es cierto que amas á Roseta?—Es cierto.
 —¿Luego eres el que ha muerto á su marido?
 —Yo juro,—dijo Juan,—que no he sabido
 si he muerto á un vivo, ó asesinado á un muerto.—
 Así pregunta al mozo,
 y así Juan le contesta;
 quien después, con la cara descompuesta,
 los labios se mordió y ahogó un sollozo.
 ¡Mas no pidió ni gracia ni consuelo,
 presintiendo sin duda el desdichado
 que hace ya mucho tiempo ha renunciado
 al reino de la tierra el rey del cielo!

X

Un consejo de guerra,
 tan discreto por mar como por tierra,
 condenó á Juan Soldado,
 porque encontró evidente
 que, estando de Roseta enamorado,
 fué el que, arrastrado por su amor impuro,
 al marido mató cobardemente
 á traición y además sobre seguro.
 Así por el vil Nelo,
 cobarde de una audacia calculada,
 aunque no la del cielo,
 la justicia del mundo fué engañada.
 Y como nadie ve que Juan Soldado
 transpira por los poros la inocencia,
 que era un hombre culpado
 fué de tal evidencia,
 que un general, sin letras muy letrado,
 al firmar la sentencia,
 exclamó de esta suerte:
 —Siempre el mundo pecó por ese lado;
 dilema del amor, ó tú, ó la muerte.—
 ¿Será preciso que inocente muera
 el calumniado Juan? ¡Será preciso!

¡Y pues la ley falló de esta manera,
honremos á la ley que así lo quiso!

XI

Como suelen hallarse en las honduras,
el sol ya no penetra en las cabañas;
y del mar del Estrecho en las llanuras
hacen lenguas de sombras las montañas.
Es la tarde en que Nelo
en la nave en que el vil contrabandea
desde el peñón de Gibraltar á Altea,
se embarcó con Roseta, cuyo duelo
es hoy tan grande, al parecer, que gime
como una esposa honrada y sin consuelo,
mientras Nelo, esta infame criatura
ampara su orfandad, virtud sublime
que tanto ha bendecido la Escritura:
y los dos, ella triste, y él clemente,
juntos á Ceuta apresurados dejan,
por no ver fusilar á Juan Soldado;
y contentos se alejan
con angustia aparente;
mientras que, tristemente,
parece que hasta el sol, avergonzado,
por no ver lo que ve se hunde en poniente.

XII

De este modo Roseta con su amante,
afectando el dolor de esposa tierna,
salió para las costas de Alicante
dejando en Ceuta una tristeza eterna.
Y en mengua de lo humano y lo divino,
el pérfido asesino
partió amante y amado,
sin temor á la ley ni al fuego eterno,
porque dice un autor muy afamado
que acaba por vivir un condenado
como el pez en el agua en el infierno;
y ¡oh deshonra de la olvidada Astrea!
¡Lo que hace aquí más grande el desconsuelo
es que hasta el mismo Altea
de Roseta y de Nelo
el viaje iluminó con luz febea
el Dios que con el rayo alumbra el cielo!

XIII

Después de confesar muy de mañana
á aquel gran homicida sin grandeza
un cura que llamaba con tristeza
su camisa de fuerza á la sotana,
muy cerca de la fuente
donde frecuentemente
toman agua las niñas casaderas,
fusilaron á Juan sencillamente
contra un seto de pitas y chumberas.
Murió ahogado en sus últimos gemidos,
y aunque la fe de Juan era tan viva
que creía que hay seres elegidos
que alguna vez se inclinan desde arriba
para echar una mano á los caídos,
fué infeliz su bondad de tal manera
que tuvo algún escéptico el recelo
de que en la hora de morir postrera
ni una sombra siquiera
se inclinó á recibirle desde el cielo.

XIV

Dejémosle morir á Juan Soldado.
Ya el Génesis decía sabiamente
que el hombre de dolores agobiado
no conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente.
Fué bueno, y por ser bueno, desdichado.
Ayudó de su patria á la victoria.
Y aunque vivió tan útil como honrado
y creyó á pies juntillas en la gloria,
murió del todo, pues murió olvidado.
Aquí da fin la historia.
del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

XV

¡Como en alma tan buena y tan amante,
nadie ha visto una pena semejante,
por la salud del ser á quien más amo
juro que en este instante
moja el papel el llanto que derramo!
Y ya que hay en la tierra tanto duelo
que mi madre decía
que lo bueno del mundo es que hay un cielo,

porque, cual Juan, creía
 que en el último día
 todo el que sufre ha de tener consuelo,
 ¡mandad, Señor, puesto que estamos ciertos
 de que es la vida una incurable peste,
 que convierta á los pueblos en desiertos
 ese día en que un hálito celeste
 ha de barrer los vivos y los muertos!

DON JUAN

POEMA EN DOS CANTOS

Al más constante de mis amigos,
D. Ezequiel Ordóñez.

CANTO PRIMERO

LAS MUJERES EN LA TIERRA

I

Quando el Don Juan de Byron se hizo viejo,
 pasó una vida de aprensiones llena
 mirándose la lengua en un espejo,
 prisionero del reuma en Cartagena.

Este gran desertor de las orgías
 conoce, al fin de sus postreros días,
 que, conforme envejece,
 sin ser más respetable, es más risible,
 porque es lo más alegre, en lo terrible,
 ver á un antiguo Adonis que encanece;
 y, aunque viejo, es un viejo tan amable
 que, hablando sin rebozo,
 aun después que acabó de ser buen mozo,
 todavía es un tonto razonable;
 y si tomando del placer consejo,
 la juventud de su vejez prorroga,
 y cree como de joven, siendo viejo,
 que tiene la virtud algo que ahoga,
 este hombre, libertino á sangre fría,
 que jamás se mató por sus pasiones,
 soporta con más pena cada día
 el miedo que le dan las sensaciones;
 y, ansiando bienes y esquivando males,
 se parapeta sólo en su egoísmo
 y se hace el más feliz de los mortales,
 perdiendo por lo mismo
 de condenarse por amor las ganas,
 pues, después que se extinguen las pasiones,
 yo he visto sorprendentes conversiones
 á la verdad y á la virtud cristianas.